

PINTURA

Cantabrana refleja a un Maimónides descorazonado por su exilio

Hoy se expone la obra en el hotel Gran Capitán

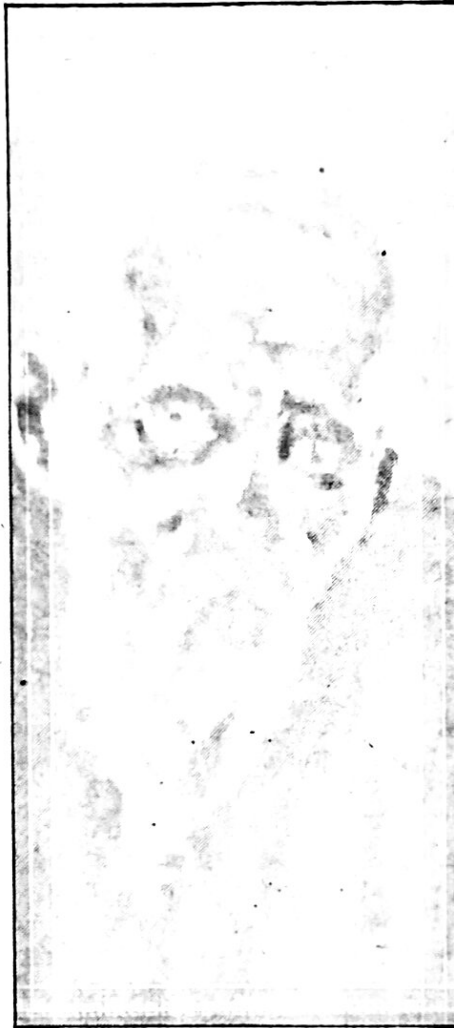
L.M. Cardenete

En esta semana de celebración del 850 aniversario del nacimiento de Maimónides, el pintor Cantabrana se ha sumado al evento con un cuadro de gran formato sobre el filósofo judío-cordobés: la obra será presentada el jueves 28 en el hotel Gran Capitán a las 20,30 horas.

De nuevo el azaroso tiempo impide el que esta bella obra figure en los actos oficiales que se realicen durante estos días en nuestra ciudad. El pintor tendrá que hacer su homenaje gracias a la ayuda de una entidad privada, lo cual lo hermana por esta circunstancia casual con la displicencia que sufriera el filósofo cordobés hace 850 años en su andadura española; casi un milenio y el destino sigue haciendo de las suyas...

El Maimónides de Cantabrana, al contrario de la visión hollywoodense que inunda carteles y programas basada en el rostro de la conocida estatua de la plaza de Tiberiades, es un hombre anciano justo en los últimos momentos de su vida. El pintor sitúa al filósofo en su casa de El Cairo, al amanecer, en el instante en que se disponía a escribir; cuando el atareado médico, hurtando horas al sueño, dedicaba un exiguo periodo del día a sus reflexiones, las cuales darían fruto en esa portentosa obra escrita, tan sorprendente por su calidad y amplitud.

Maimónides, según descubre Cantabrana, estaba dividido interiormente al sufrir el descorazonador exilio a través de paí-



Maimónides, según Cantabrana.

ses extraños, y a medida que se iba haciendo viejo recordaba con una profunda añoranza la Córdoba natal. Esta serena nostalgia se expresa en las cosas sutiles como los olores, ambientes, etc.

En el cuadro, sobre una mesa descansan los flores de hibisco, como aromática ensoñación de su pérdida y lejana ciudad amada.

La expresión del rostro del judío anciano nos introduce en ese dolor callado, ya apagado y

sosegado por la vejez, del drama interno que acompañó al médico-filósofo a lo largo de su vida por las agresivas acometidas del medio externo.

En la mesa, junto a las flores de hibisco, una vela consumiéndose lentamente simboliza la menguante vida del viejo filósofo. Es de destacar la dificultad técnica al pintar una vela encendida afrontada; pocos ejemplos de ello nos ha dado la historia de la pintura (entre los que yo recuerde, el cuadro de G. Van Honthorst, Cristo y el sacerdote).

De nuevo el pintor nos obsequia con un magnífico estudio de telas en el primer plano del cuadro. De una de estas sábanas apoyada en una silla, surge la imagen fantasmal del Maimónides que recuerda su Córdoba natal. Esta forma en espíritu aparece en la tela gracias a un hábil estudio de sombras, dándole a la figura real su contrapunto espiritual.

Técnicamente hablando nos encontramos ante un cuadro de interioridad; para ello la escena está situada en una habitación, por un ventanal de la cual la luz del amanecer inunda la estancia, comunicándole al conjunto una suavidad lumínica donde los neutros no impiden la preeminencia de los azules que dan una frialdad al ambiente, sin que los tímidos calientes de la vela y la túnica puedan contrarrestar la inevitable y cercana presencia de la muerte. También es de resaltar en lo formal, el espléndido escorzo de la mano izquierda del personaje.

Tras la trilogía bíblica Cantabrana otra vez ha acertado con una obra distinta, pero no por ello menos impresionante. El toque mágico de la imagen des-